

América Latina y España: ese largo vínculo de lengua y literatura, amor y resentimiento

Mempo Giardinelli¹

Resumen: En este texto, Mempo Giardinelli retoma algunos momentos de la historia, desde el “encontrón” hasta hoy, que hicieron que la relación entre América y España pueda considerarse una paradoja ética. Considera que en 1992, fecha de conmemoración de los quinientos años de la llegada de los españoles a América, no había nada que celebrar y que “un largo, severo, respetuoso silencio en ambos lados del Atlántico” hubiese hablado mejor de gobernantes y pueblos. Sin embargo, para Giardinelli, si esa historia de genocidios y tribunales inquisitoriales son aspectos que distancian a América y España, la literatura es un lugar de encuentro. Y hoy más que nunca, cuando la “crisis”, a la que llegamos por los ajustes impuestos por la banca mundial, es común a ambos lados del océano y es la “que define por qué escribimos lo que escribimos”. Es en la literatura de García Lorca y Miguel Ángel Asturias, de Goethe y de Brecht y de tantos otros donde vemos lo que sucede en cada época y en cada lugar.

Palabras clave: encontrón; crisis; literatura; civilización; barbarie

Abstract: Here, Mempo Giardinelli takes up some points in history, from the “encontrón” until today, which made the relationship between America and Spain be considered an ethical paradox. He considers that in 1992, there was nothing to be celebrated in the 500th anniversary of the arrival of the Spanish to America and that “a long, stern, respectful silence on both sides of the Atlantic” would have been better from rulers and peoples. However, Giardinelli considers that if this history of genocide and inquisitorial courts are aspects that separate America and Spain, literature is a meeting place. And today more than ever, when the “crisis”, in which we got in because of the adjustments imposed by global banking, is common to both sides of the ocean and is what “defines why we write what

¹ Caelys, Chaco.

we write". It is in the literature of García Lorca and Miguel Ángel Asturias, Goethe and Brecht and many other writers in which we see what happens in every age and in every place.

Keywords: encontrón; crisis; literature; civilization; barbarism

Hay materias en las que, cuando se piensa en tránsitos, no pueden dejar de considerarse también los conflictos. Así como toda aproximación conlleva necesariamente la posibilidad de un desencuentro, y todo contrapunto es, de hecho, una inminente confrontación.

El aparente juego de palabras con el que inicio esta reflexión, que escribo ahora, casi a finales de 2013, me traslada a ciertos pensamientos y artículos que escribí hace más de dos décadas, exactamente en 1992, cuando en todo el mundo se recordaba (en España decían "celebraba") el Quinto Centenario del desembarco de Cristóbal Colón en nuestro continente.

En aquel momento –igual que ahora, y en mi opinión cada vez que nos referimos a los vínculos lingüísticos, artísticos, literarios y culturales entre América Latina y España– era imprescindible afrontar la cuestión desde las más diversas perspectivas. De hecho una relación que involucró a cientos de millones de personas a lo largo de más de cinco siglos y en un territorio gigantesco, como de varias veces toda la Europa Occidental, implica una infinidad de posibilidades. Y desautoriza toda voluntad de concepto único.

En ese enorme continente –o sea aquí– se produjeron y multiplicaron incontables diálogos, discusiones, amistades, revoluciones, parentescos, guerras, desafíos, ofensas y agravios de todo tipo. El repertorio de tensiones y choques fue y es, necesariamente, inmensurable. Todos los asuntos humanos tuvieron lugar allí (o sea aquí): gobiernos, sublevaciones, acuerdos, obediencias, desacatos, sumisiones, exilios, revoluciones, migraciones, choques culturales y lingüísticos, imposiciones de costumbres, hibridaciones de todo tipo, defensas desesperadas de tradiciones populares originarias, y mucho, mucho, muchísimo más, y tanto en los órdenes rurales como urbanos, marítimos como terrestres, y en planicies, playas, selvas y altas cumbres cordilleranas.

Nada de lo humano fue ajeno a esa relación, que fue de poder y de rebeldía, de encuentros e incomprensiones, y plena de disensos, anarquías y frustraciones. Todo lo cual explica el rechazo militante de muchos intelectuales latinoamericanos –cierto que algunos con exageraciones, y otros con argumentos más pasionales que racionales–, particularmente en la segunda mitad del Siglo XX. Los reparos cuestionaron el relato histórico que se había oficializado durante siglos y quebrantaron todo idealismo romántico para recordar los

quinientos años de la llegada del gran almirante genovés a lo que hoy es nuestra América.

Hay que decir también que se trata de un fenómeno cultural relativamente nuevo: por lo menos desde finales de los años 80 y comienzos de los 90 del siglo pasado fuimos muchos los que problematizamos aquellos eufemismos y simplezas lingüísticas que pretendían hacer una celebración fastuosa de un acontecimiento que sí merecía ser recordado, sin dudas, pero no celebración alguna porque no había nada que festejar y cualquier fasto que se organizara iba a ser tan apresurado como interesado.

En una conferencia que pronuncié en Santiago de Chile en enero de 1992, narré la siguiente hipótesis, que perfectamente podía enmarcarse en lo que llamamos literatura fantástica:

Imaginemos que Chalchiuhtlicue los exhortó a surcar el ancho mar y que allá fueron los aztecas. Acaso hubieran sido ellos los que cruzaban el grande océano para llegar a Europa, territorio que seguramente hubiesen creído las Indias Orientales, claro, y supongamos, imaginemos también que desembarcaban sus goletas cargadas de indígenas con plumas, con petos de oro, empenachados maravillosamente, festivos o solemnes y con todo el oro y el café y el tabaco y el maíz y con piedritas de obsidiana, de lapizlázuli, de jades perfectos. En pleno medioevo europeo digamos que arribaban a Lisboa, o a Cádiz, o por qué no al puerto de Palos, y los ibéricos los recibían aterrados, apenas terminaban siete siglos de dominación mora y ahora una posible dominación azteca no querrían ni imaginarla [...]. Vemos a los ibéricos recibir a Moctezuma como a un Mesías que viene de Occidente, majestuoso con ese penacho de plumas de quetzal de dos metros de alto, el bastón de oro y esmeraldas en la mano, y montando un avestruz enorme, por qué no [...] Los vemos declarando que España es territorio que se incorpora desde ese momento al Imperio del Anáhuac extendido, que incluye el vasto mar y todos los cielos y las tierras por obra y gracia de sus dioses, y en el acto comienza la represión porque no hay conquista sin represión, naturalmente, y destruyen iglesias y catedrales y entronizan a Huitzilopochtli en Toledo, erigen una pirámide para Coatlicue sobre la mezquita de Córdoba, un templo ceremonial en Granada y en la mismísima Plaza Mayor de Madrid un monumento a Quetzalcóatl y en vez de guirnaldas colocan representaciones de serpientes emplumadas y pájaros maravillosos, y los hispanos aprender a comer ensaladas de nopalitos y aguacates, y sopas de flor de calabaza y tacos de huitlacoche... (GIARDINELLI, 1992).

Naturalmente, lo anterior es literatura y se propone como una visión de la transculturación desde una perspectiva heterodoxa, vista del lado del revés.

Lo cual ofrece un relato en el que la Historia es la misma, pero validada desde el punto de vista opuesto. Se trata de un espacio precioso para la ironía y la paradoja, que permite desnudar la estupidez, las creencias y el miedo, que son todos ellos estupendos materiales para el arte.

Pero también, y a la par de ese juego, sucede que la realidad real, la no ficcional, o sea la que verdaderamente sucedió y está testimoniada y constituye hoy uno de los relatos de la Historia Americana, también tuvo mucho de literario. El antropólogo y viajero hispano-mexicano Santiago Genovés (1923-2013) navegó el Atlántico en botes construidos con maderas y palmas, y junto con el explorador y biólogo noruego Thor Heyerdahl (1914-2002) demostraron que los antiguos egipcios pudieron navegar hasta América. Y en sus libros y artículos Genovés ironizó de modo admirable el extravío de Cristóbal Colón, quien, más ambicioso que explorador, hizo su extraordinaria travesía creyendo que iba a encontrar una cosa pero encontró otra (lo cual, dicho sea de paso, es la definición perfecta de la metáfora, según Jorge Luis Borges).

La hazaña de Colón no dejó de ser en cierto modo, según Genovés, una historia de calamidades que el otro genovés (Cristóbal) fue incapaz de advertir: “Colón llega a San Salvador (Guanahaní) el 12 de octubre de 1492. Para él es Asia. Para él Cuba es Japón. Luego, piensa que es un apéndice de China, por lo que no la circunnavega, lo que le hubiera aclarado la situación. En el tercer viaje, cae en América del Sur y lo asocia al Paraíso Terrenal, descrito en el Génesis. En el cuarto, alcanza el istmo de Panamá, para él Malaya. Las Indias Orientales fueron para Colón las Indias Occidentales y América del Sur una especie de Australia. Muerto en la desgracia, sólo Colombia lleva su nombre. Al cartógrafo Américo Vespucio le corresponde el honor –merecido o no– de que América lleve su nombre”.²

Pero ahí no terminan las confusiones: el historiador argentino Bonifacio del Carril (1911-1994) ha señalado que al florentino Vespucci (Vespucio) se le atribuye el mérito sólo por un error de traducción. En su libro “El bautismo de América” (1991), Carril sostiene que, luego de su viaje, Vespucci dijo haber “encontrado” (*ritrovare*) un continente habitado “por más gentes y animales que nuestra Europa, o la misma Asia o la misma África” y a la que él llamó *Novus Mundis* (lo cual era adecuado, puesto que para los europeos de la época ciertamente se trataba de un mundo nuevo). Pero cuando el cartógrafo alemán

² La cita fue tomada en 1991 de una entrevista y artículo en la revista UNAM, fotocopiados sin referencia de fechas. Hay referencias similares en su obra más conocida: *¿Por Qué Acali? Un viaje en balsa de seis mujeres y cinco hombres a través del Atlántico* (Madrid: Ed. Promoción Cultural, 1974). Y también en la obra más conocida de Santiago Genovés: *Expedición a la Violencia* (México: FCE-UNAM, 1993).

Martin Waldseemüller (1470-1520) publicó en 1507 el primer mapa de este continente, lo bautizó "América" porque donde Vespucci había escrito "*ritrovare*" él lo tradujo como "*discoprire*" (descubrir). Waldseemüller advirtió su error sólo cinco años después, en 1512, cuando ya había muerto Vespucci, y lo corrigió de inmediato. Pero aunque en las nuevas ediciones de su mapa suprimió el nombre de América, ya la designación corría por todo el mundo y solamente en España se hablaba de Indias Occidentales.

Como se aprecia, la Americana no deja de ser también una tragicomedia de enredos. Que incluso hoy en día permite leer más paradojas: Colón pisó la isla que los indios llamaban Guanahaní y la bautizó San Salvador, pero poco después los piratas ingleses la llamaron Watling, que es como hoy se designa a la isla, que forma parte del archipiélago de las Bahamas y en la que en su parte norte hay una cosa pequeña y una cosa muy grande: la pequeña es un modesto monumento conmemorativo del arribo de Colón; la grande es una base militar norteamericana que en la Guerra Fría estuvo colmada de proyectiles teledirigidos.

Como se ve, lo cruel es la realidad, y si se quiere, la Historia; pero no la Literatura.

Por eso debiera sobrar, pero no sobra, decir que no hay en este texto ni una pizca de ánimo intolerante, ni de condena. De lo que se trata es de mirar y nada más. Simplemente mirar, para saber. Y para no seguir representando lo que no es y así quitarle a nuestra historia la capacidad eufemística y mentirosa que ha venido teniendo, y que tanto uso de máscaras significó. Porque todo porvenir será lodoso y sucio si no está pavimentado con la sana y severa conciencia de lo que verdaderamente fue y lo que verdaderamente pasó.

La interminable reflexión sobre este largo vínculo de lengua y literatura, y de amor y resentimientos que es la relación entre América y España, se nutre de los incontables relatos idealizados que pulularon durante siglos, y que ahora son cuestionados no por odio –hay que subrayarlo– sino por la necesidad de una visión completa de nuestro origen americano.

Y es que si no fueron platónicas las ambiciones ni la brutalidad de la inmensa mayoría de los conquistadores, tampoco es justificable el rechazo a la totalidad de lo que nos trajeron.

Por un lado corresponde reconocer que la conquista se hizo, como sostuvo Ernesto Sábato (1911-2011), "atacando y con violaciones, degüellos y horrores, tal como es y ha sido la condición del hombre, que es la especie más perversa de la zoología, al decir de Nietzsche" (SÁBATO, 1951). Así fue, y decirlo y repetirlo no debe ser visto como ofensivo para la España de hoy: la conquista se hizo a sangre y fuego, con la cruz y con la espada, y sometiendo personas, comunidades y culturas. Y un símbolo atrozmente perfecto de eso es la actitud del Padre Diego de Landa, que en Guatemala en el Siglo XVI mandó quemar toda la

memoria escrita que había recopilado el pueblo maya y lo dejó, literalmente, desmemoriado.³

En su estependa novela *La gesta del marrano*, Marcos Aguinis narra la vida del Doctor Francisco Maldonado da Silva, quien fue el primer médico diplomado que ejerció esa profesión en Santiago de Chile, en el 1600, donde fundó el primer hospital chileno. En su prisión de Lima, víctima del Tribunal del Santo Oficio, escuchemos la reflexión de este médico judío finalmente capturado sobre lo que, en la América de la conquista, significaba la cruz para indios, negros y marranos:

Significaba un instrumento de tortura. Con la cruz asesinaron a Jesús y a muchos otros judíos como él. Luego los cristianos siguieron asesinando judíos blandiendo tras ellos la cruz como una espada retinta de sangre. En la cruz hemos muerto los judíos, no los cristianos. ¿Murió en ella algún inquisidor?, ¿un arzobispo?, ¿un Papa? Alguien alguna vez se los debe decir aunque duela mucho: para los judíos perseguidos (como para los indios americanos o los esclavos negros) la cruz nunca ha simbolizado el amor sino el odio, nunca el amparo sino la crueldad. Exigirnos que le rindamos veneración, tras siglos de matanza y desprecio, es tan absurdo como pedirnos venerar la horca, el garrote vil, la hoguera (AGUINIS, 1993).

³ “El 11 de junio de 1562, el provincial mandó apresar a treinta caciques indígenas (...) Como consecuencia de lo ocurrido en el último año, el 12 de julio de 1562 se celebró en Maní un auto de fe. Como representante de la Autoridad Religiosa estaba Diego de Landa, que había presidido el tribunal del Santo Oficio y el representante de la Autoridad Civil era el alcalde mayor Diego de Quijada. Las actas notariales las firmaron Jerónimo de Contreras y Pedro Martínez. Durante aquella noche, los caciques fueron trasquilados, encorizados y ensambenitados y se destruyeron varios ídolos, altares, estelas y vasijas. Además se quemaron varios códices (la cantidad varía de unos pocos hasta varios miles, según cada autor). Actualmente sólo se conservan tres Códices Mayas: el Códice de Madrid, el de París y el de Dresde (hay un cuarto códice, el de Grolier, pero según las últimas investigaciones “las evidencias apuntan a que está hecho en 1960, aunque aún existen controversias al respecto”). Esto es lo que Landa cuenta al respecto: “Usavan tambien esta gente de ciertos caracteres o letras con las quales escrivian en sus libros sus cosas antiguas y sus sciencias, y con ellas, y figuras, y algunas señales en las figuras entendian sus cosas, y les davan a entender y enseñavan. Hallamosles grande número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa, en que no oviessen superstición y falsedades del demonio se los quemamos todos, lo qual a maravilla sentían y les dava pena.” En: <http://es.wikipedia.org/wiki/Diego_de_Landa>.

Fueron y son muchos, casi innumerables los autores que se ocuparon de revisar la Historia Americana y repudiar la Conquista, lo que a su vez generó un sentimiento antiespañol muy fuerte y muchas veces injustamente recargado. Y generó también múltiples expresiones de indigenismo a ultranza, muchas veces agresivo e injusto. Ese espíritu revanchista, gobernado por el odio y el resentimiento (hoy lo llamaríamos fundamentalista) impulsó a Sábato a morigerar la cuestión, primero en su artículo “Encuentro de las Culturas” y luego en “Ni leyenda negra ni leyenda blanca”. Agudamente, en esos textos Sábato ironizó el repetido argumento que invitaba a rechazar lo español para “volver a nuestras tradiciones”. “¿Cuáles? –se preguntaba– ¿Pretenden que yo, escritor argentino, hijo de italianos, escriba en quechua o en la lengua de los araucanos? ¿O que me niegue a aceptar la influencia que ha tenido para nosotros la cultura griega, la romana y luego la de las grandes naciones europeas” (SÁBATO, 1991)?

Para Sábato el problema de la “identidad de una nación” era “un problema bizantino por excelencia”.

Se habla mucho de “recobrar nuestra identidad americana”. Pero ¿cuál y cómo? Al decir ya *nuestra*, gente como yo, que se considera entrañablemente argentino, quedaría eliminado porque mis padres fueron europeos, como la mayor parte de los miembros de nuestra nación. ¿Cuál identidad, pues? ¿La de los indios nómades y guerreros que recorrían nuestras inmensas llanuras casi planetarias, donde ni siquiera hubo antiguas civilizaciones como la de los incas, mayas o aztecas? Una tierra que se ha hecho con el hibridaje de españoles, indios, italianos, vascos, franceses, eslavos, judíos, sirios, libaneses, japoneses y ahora con chinos y coreanos, ¿Y qué idioma reivindicar? Es curioso que buena parte de los que se proponen esta recuperación de nuestra identidad hablan en buena y longeva lengua de Castilla, y no en lenguas indígenas. Paradójica forma de reivindicar lo autóctono (SÁBATO, 1991).

Cuando hace veinte años se impuso mediáticamente hablar de “Encuentro de dos Culturas”, con la obvia intención de que no hubiera prevalencias ni se hurgase en rencores, el objetivo no se logró. Al menos no se cerró el debate. Personalmente, me ocupé del asunto en diversos artículos y conferencias, porque la idea de “encuentro”, en mi opinión, no dejaba de ser indulgente e inexacta. La gesta conquistadora había sido, indesmentiblemente, un atropello que se hizo de modo brutal y sanguinario, pero también es verdad que por aquel atropello es que nosotros estamos aquí, cinco siglos después. Más paradojas de la Historia, se diría, y con razón. Porque la verdad es que tanto valen los listados de las calamidades (los españoles nos trajeron pestes, violaciones, corrupción, degüellos, usurpación, robo, inquisición) como de las buenas cosas que también nos trajeron y que nos abrieron al mundo (la cultura europea y su formidable

entramado de ciencias, tecnologías, artes, universidades, religiones, filosofías y hasta un fenomenal enriquecimiento zoológico y botánico). En ambas enumeraciones, quien la haga tendrá razón.

Lo cierto es que si ya era falso hablar de “descubrimiento”, también lo fue hablar de “encuentro”. En primer lugar, porque en 1492 no hubo encuentro alguno. Hubo un desembarco a partir del cual se sucedieron cientos, miles de otros arribos en los que unos venían a imponer su ley y otros la rechazaban y procuraban por todos los medios sobrevivir.

De ahí que, y basado en el hecho incluso lingüístico de que un encuentro (del latín *in contra*) es una coincidencia, voluntaria o casual (lo que evidentemente tampoco sucedió), en 1991 propuse utilizar la palabra que en el *Diccionario de la Lengua Española* está inmediatamente después del vocablo “encontrar”, y que es “encontrón”. Y que significa, según el DRAE, “encuentro sorprendente o inesperado entre personas” (GIARDINELLI, 1993).

Y es que son encontrones los que definen la Historia de las conquistas territoriales, y la Historia –la verdadera, la que da cuenta de lo acontecido sin adjetivaciones ni relativizaciones– no suele ser cordial ni amable. Es una partera que no sabe de alumbramientos indoloros.

Y después de todo, no tendríamos por qué ser piadosos nosotros con, por ejemplo, algunos productos de esa conquista. Por ejemplo, ese tribunal de horror que avergüenza todavía hoy a la dignidad humana, y que España y la Iglesia Católica mantuvieron durante siglos. Es triste reconocerlo, pero el Tribunal del Santo Oficio de Lima no fue abolido sino hasta 1813, y enseguida fue reinstalado, en 1815. Apenas se lo eliminó definitivamente en el año 1822, cuando el Libertador José de San Martín ordenó transferir todos sus bienes y propiedades a la Biblioteca de la Nación.

Para mí está claro que no tuvimos absolutamente nada que celebrar en 1992. No había festejo admisible después de quinientos años de aquel terrible encontrón que incluyó 330 años de vigencia de ese tribunal atroz.

En todo caso, ahora en 2013 y avanzado ya el Siglo XXI, al pensar las relaciones entre América y España necesariamente nos colocamos ante lo que podemos llamar una paradoja ética, una situación éticamente irresoluble: porque la conquista fue un genocidio y todo genocidio repugna. Pero a la vez es incuestionable que sin ese genocidio nosotros no estaríamos aquí. Ésa es la enorme paradoja.

Y también por eso es tan difícil echar una mirada piadosa hacia el pasado, y sobre todo cuando el pasado ha sido tan brutal y no se escuchan arrepentimientos ni pedidos de perdón. Habría hablado muy bien de nuestros gobernantes y nuestros pueblos que durante todo aquel año de 1992 hubiese imperado un largo, severo, respetuoso silencio en ambos lados del Atlántico.

Pero eso no sucedió y aquí estamos, acaso procurando que la Literatura nos redima. Y no por su bondad sino por su amparo estético, y porque la poesía bien puede ser un arma cargada de futuro, dicho sea parafraseando a Celaya (1977), pero sobre todo es el mejor camino que conozco para la construcción de lectores, que para mí es decir construcción de ciudadanía.

Si sabemos que solamente el tiempo determina el valor de una obra literaria, también sabemos que es producto más de la desesperación de quien escribe que de su éxito personal o gremial, por la sencilla razón de que la literatura es un oficio solitario, que siempre desampara, cierto que a veces onanista pero sobre todo profundamente introspectivo. Bueno, pues en esa confianza en el tiempo se me representa lo mejor de Nuestra América, la mejor herencia de las dos grandes lenguas que nos trajeron los conquistadores: la castellana y la portuguesa.

Por cierto, es un hecho que la literatura latinoamericana se escribe hoy muy mayoritariamente en lengua castellana, a la que no llamo española por razones que ya he discutido y fundamentado (GIARDINELLI, 2011a; 2011b). Y es un hecho también que en ella coexisten el dolor y la esperanza productos de aquella tragedia. Y eso se debe a que escribir en crisis, como siempre vivió nuestro continente, necesariamente implica reconocer la cruda realidad de un mundo que es capaz de fagocitarse a sí mismo y no encuentra su medida ni quiere reconocer que más de lo mismo sólo conduce a lo peor de lo mismo. Dicho esto último pensando en las políticas mundiales de ajuste exigidas por la banca mundial y por los gobiernos y organismos a su servicio. Y lo cual es válido escribir ahora, claro está, con la única intención de señalar paralelos entre la España y la América de hoy. El concepto "crisis" nos es común y es, en esencia, *lo que define por qué escribimos lo que escribimos*. Y acaso explica también cómo se relacionan los universos literarios y lingüísticos del Castellano Americano y del Portugués, tanto en la realidad como en la ficción.

Para nosotros, escritores, la realidad no es más que una materia rica y deseada para modelar, y generalmente lo hacemos desde adentro mismo de la realidad, en caliente y para sublimarla, o sea, reescribirla. Si, como creo, es en la Literatura donde buscamos las respuestas a casi todas las preguntas, así como el sentido de los comportamientos y la explicación a las conductas, entonces es en la Literatura donde *vemos* lo que sucede en cada Tiempo y cada Lugar. Es en García Lorca donde entendemos el dolor de España, como vemos la tragedia americana en Miguel Ángel Asturias o Gabriel García Márquez. Así amamos Alemania en las obras de Goethe, Brecht o Thomas Mann, y Portugal en poetas como Fernando Pessoa, Luisa Amaral y Rosario Pedreira, y yo conozco y amo Brasil desde la obra completa de Monteiro Lobato y las novelas de Jorge Amado, que eran la Literatura que se amaba en mi casa cuando yo era niño. Es la Literatura la que anuncia y muestra las crisis y la que provoca urgencias desesperadas por sublimarlas.

Escribir en la crisis, entonces, es consustancial a este oficio de angustias y tinieblas. Como me dijo una vez, exageradamente, Ernesto Sábato: “Si usted busca la felicidad, no se dedique a la Literatura”. Y digo que fue exagerado no porque no tuviera razón, sino porque él descartaba toda idea de felicidad en su propia experiencia. Allá él. Pero en lo que sin dudas tenía razón era en que siempre es de nuestra tragedia, y no de otra cosa, de lo que viene hablando la Literatura Latinoamericana de los últimos, digamos, doscientos años.

Y de todo esto habla ahora mismo, más allá de que se escriban y se lean textos festivos y parodias encantadoras. No hace falta ser infeliz ni sentirse atormentado para escribir, pero en literatura no todo es imaginar alegremente.

De lo anterior concluyo, y supongo y sugiero, que los cuatro conceptos que se nos atribuyeron siempre como característicos de los americanos –Violencia, Exilio, Política y Utopía– son, es verdad, parte fundacional de nuestra tragedia. Por un lado porque desde las luchas de la Independencia hace doscientos años, esos vocablos definen nuestra evolución y la historia misma de nuestras vidas como escritores. Desde el Boom y antes del Boom hemos sido a la vez animales políticos y animales literarios. Y la Utopía ha sido el sueño mayor. No hemos hecho otra cosa que perseguir territorios inventados, personajes y gestas fantásticas como el sueño mismo de una Arcadia maravillosa en nuestra tierra.

Pero también digamos que esos cuatro conceptos, que han definido y definen la crisis de Nuestra América y bien se puede decir que son inherentes a nuestra literatura, a la vez fueron exportaciones europeas que vinieron para cambiar este continente y se han constituido en parte principal de la lista de prejuicios que desde Europa se nos atribuye a los latinoamericanos desde hace quinientos años, y según los cuales nosotros tendríamos una reprochable afinidad con la barbarie.

Pero ésta, que es una idea prejuiciosa, y que desdichadamente parecen haber aceptado algunos jóvenes autores contemporáneos, me parece hoy inaceptable. Es chocante que se siga pensando a Latinoamérica como “el territorio de la barbarie”, contrapuesto a la supuesta “Europa civilizada”. Dicho sea con todo respeto: es un mito que propongo reflexionar a colegas, profesores y sobre todo con los estudiantes.

La concepción del mundo bipolar que desde hace cinco siglos nos describe, va dando paso, lenta pero inexorablemente, a un mundo que antes que oposiciones bipolares necesita más bien reconocerse plural en sus diferencias y matices.

Desde los primeros relatos de la Conquista, y pienso en Cristóbal Colón, Ruy Díaz de Guzmán, Ulrico Schmidl y Bernal Díaz del Castillo, por lo menos, la violencia se supone que ha sido y es un modo, un estilo latinoamericano supuestamente producto de la bestialidad de nuestros pueblos originarios. Ese

estilo ha sido y es representado en las figuras caricaturizadas de dictadores clásicos, mezclados no inocentemente con líderes populares que según los relatos se supone que fueron o son todos dictadores, todos representantes del Mal que se opone al Bien. Entonces se los mezcla a capricho y sin matices, como si Rosas, Porfirio Díaz, Batista, Trujillo, Perón, Getulio Vargas, Stroessner, Fidel Castro, Hugo Chávez, Cristina Kirchner o Evo Morales fuesen todos iguales, todos lo mismo.

Esto pudo producir relatos exitosos, ciertamente, y quizás por eso en nuestra América tuvimos que soportar esas visiones llenas de prejuicios antes que de honestidad. Y sin embargo y en paralelo, mientras esa vara nos aplicaban a nosotros, no había en Europa caricaturas equivalentes sino más bien solemnidad y hasta recato para narrar a Hitler, Mussolini o Franco. O a la Señora Thatcher. Y ni se diga del respeto reverencial y sin matices que se guarda hacia todos, absolutamente todos los muy democráticos presidentes norteamericanos que no dejaron a su gran país fuera de ninguna guerra –o sea todas las guerras– y cuyas víctimas sólo en el Siglo XX sumaron varios millones de personas.

Correspondería entonces rechazar esa idea establecida de la violencia como signo y marca, única o principal, de la literatura latinoamericana. Esa *no* es nuestra crisis. Propongo en cambio que leamos la violencia como señal de la bestialidad del ser humano, pero *en todas las culturas y en todas las literaturas*. No sólo en la nuestra. Y lo pienso además porque la conflictividad en el mundo no deja de crecer. El sistema bancario mundial, por ejemplo, es un genuino promotor de violencia en tanto la genera con sus prácticas y ajustes, y con la inmoral defensa de los cada vez más ricos en contra de los cada vez más pobres.

Sin desconocer la violencia en las favelas de Brasil, la brutalidad de los narcos en Colombia, el desenfreno sangriento de las maras centroamericanas y del norte de México, y las muy diversas formas que adquiere la inseguridad urbana en las grandes ciudades de nuestro continente, a veces y paradójicamente nuestra violencia, la de Latinoamérica, parece más bien un juego de niños al lado de todo lo que en los últimos cien años han producido Europa y Norteamérica. Sólo que nosotros los escritores latinoamericanos, más allá de los caprichos del mercado y de muchos editores que hoy parecen saber más de sushi y vino tinto que de literatura, *nosotros lo decimos, lo escribimos, lo testimoniamos y lo sublimamos, con sinceridad y con dolor, porque ése es nuestro modo de sobrevivir en la crisis*.

Habría que tener más cuidado, entonces, en el quehacer literario tanto creativo como académico, con las trilladas argumentaciones acerca de la supuestamente proverbial violencia latinoamericana que impera en nuestra narrativa. No se trata de negarla, quede claro, pero cabe recordar que hoy y en democracia, América Latina es el continente menos militarizado y menos violento del Planeta.

Por lo tanto, y en síntesis: entre España y América no hubo encuentro de culturas sino un encontrón que todavía late y emite y seguirá emitiendo pulsiones; ya no es admisible la idea etnocentrista de que la barbarie está aquí y allá la civilización; y fracasó rotundamente aquella fugaz idea de la Globalización que hizo furor también hace veinte años, y a la cual fuimos muy pocos los que nos opusimos. Es hora de que la Globalización descanse en paz y nosotros nos sigamos ocupando del relato inagotable de la civilización y la barbarie, aquí y dondequiera, y en forma de sueños, angustias o maravillas. Como siempre ha sido.

Que eso es la Literatura: la vida por escrito. Y ése es el vínculo –maravilloso si somos sinceros– entre la España y Portugal que vinieron, depredaron y civilizaron y nos dieron la lengua que nos une, y la América que los rechazó, recibió y abrazó para siempre. Con todos los claroscuros que caben a la especie humana.

Referencias bibliográficas

AGUINIS, Marcos. *La gesta del marrano*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1993.

CELAYA, Gabriel. La poesía es un arma cargada de futuro. In: _____. *Cantos Íberos*. Madrid: Editorial Turner, 1977.

DEL CARRIL, Bonifacio. *El bautismo de América*. Buenos Aires: Editorial Emecé, 1991.

GIARDINELLI, Mempo. El “encontrón” de dos culturas. In: CONGRESO “500 AÑOS, ¿Y DESPUÉS?”, del 6 al 19 de enero de 1992, Santiago de Chile. Organizado por la Universidad ARCIS. (Conferencia pronunciada).

_____. La lengua que hablamos. *Página/12*, Buenos Aires, 7 de octubre de 2011a. En: <<http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-178415-2011-10-07.html>>.

_____. Lengua y Literatura: el escritor en Nuestra América y el Castellano en Brasil. In: XIV CONGRESSO BRASILEIRO DAS ASSOCIAÇÕES DE PROFESSORES DE ESPANHOL. 23 de julio de 2011b, Niterói, RJ. (Conferencia).

_____. Un encontrón de dos culturas. *Página/12*, Buenos Aires, 19 de febrero de 1993.

SÁBATO, Ernesto. *Hombres y engranajes*. Buenos Aires: Editorial Emecé, 1951.

_____. Ni leyenda negra ni leyenda blanca. *Diario El País*, Madrid, 2 de enero de 1991. En: <http://elpais.com/diario/1991/01/02/opinion/662770813_850215.html>.